

MARTÍNEZ LÓPEZ, Cándida y MUÑOZ, Francisco A.: *Federico de Motos. Historia y arqueología del sureste peninsular en los inicios del siglo XX*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2011, 431 pp. ISBN: 978-64-338-5203-8.

Esta obra de los profesores Cándida Martínez López y Francisco A. Muñoz, pone en valor y la vez rinde homenaje a uno de aquellos pioneros de la arqueología española que, hace cien años, sentaron las bases para el conocimiento del más antiguo pasado peninsular, y contribuyeron esencialmente al desarrollo de la ciencia arqueológica, entonces en sus inicios en nuestro país, experimentando nuevas metodologías y técnicas, y abriendo nuevas vías para la investigación. Todo ello en el contexto de una época en que España se debatía entre la tradición y la modernidad, donde surgieron intelectuales decididos a impulsar la ciencia, enfrentándose a la incultura generalizada, a la escasez de medios y al desdén por el patrimonio histórico. En este sentido, este libro no sólo es un estudio acerca de uno de estos pioneros, sino también de esta época cambiante, así como de ese pasado que se estaba descubriendo en sus trabajos.

Federico de Motos fue uno de esos intelectuales que abrieron caminos en la arqueología, y ello desde la periferia, desde un pueblo (Vélez Blanco, Almería) del sureste peninsular alejado “de los centros neurálgicos del poder y la producción del conocimiento” (p. 12), lo cual no le impidió contribuir de manera esencial a esa producción de conocimiento y al impulso científico, ni formar parte de esos círculos intelectuales que tanto contribuyeron a la modernización de España. Así, Federico de Motos estuvo en estrecho contacto, científico y personal, con otras figuras esenciales de la época, en particular de la investigación histórica y arqueológica, de talla nacional e internacional, como Eduardo Hernández Pacheco, el Marqués de Cerralbo, el Conde de la Vega del Sella, Hugo Obermaier, Juan Cabré, Fidel Fita, José Ramón Mélida o el abate Breuil. Al mismo tiempo, estar en la periferia le permitió estudiar profundamente y desde la cercanía dicha periferia, que quizá hubiese quedado por más tiempo en los márgenes de la investigación histórica y arqueológica. De este modo, Federico de Motos contribuyó de manera fundamental al conocimiento de la prehistoria y la protohistoria del sureste peninsular.

De esta aportación básica dan cuenta los profesores Cándida Martínez y Francisco Muñoz, ellos mismos buenos conocedores del pasado histórico de la región y del trabajo del Federico de Motos, a través de sus investigaciones arqueológicas en la zona¹. Partiendo de este acercamiento previo, en la presente obra los autores hacen

1. MARTÍNEZ LÓPEZ, C. y MUÑOZ, F. A. (1999): *Poblamiento Ibérico y Romano en el sureste peninsular: La Comarca de los Vélez (Almería)*, Editorial Universidad de Granada, Granada.

un estudio exhaustivo de la figura y el trabajo de Federico de Motos, indagando en archivos públicos y privados —en particular el Archivo Motos, al que han podido tener acceso—, y sirviéndose de un rico y complejo material, a menudo inédito, en el que caben destacar las notas manuscritas de Federico de Motos y las cartas intercambiadas con otras figuras preeminentes de la investigación histórica y arqueológica de la época; así como el aparato gráfico, donde se incluyen dibujos del propio Federico de Motos y numerosas fotografías, documentos excepcionales para el conocimiento tanto de la región a inicios del siglo XX como de los trabajos arqueológicos y del material recuperado en ellos.

El trabajo se ha estructurado en tres partes. En la primera, la más extensa, los autores indagan sobre la trayectoria vital —personal e intelectual— de Federico de Motos, el contexto en que se movió, sus inquietudes políticas e intelectuales, cómo se desarrolló su investigación sobre la prehistoria y protohistoria del sureste peninsular, su contribución al conocimiento de las mismas y su legado intelectual y patrimonial.

En el primer capítulo, se aborda la formación de Federico de Motos, que es esencial para entender tanto el ambiente en que vivió como el proceso que le llevaría a la investigación arqueológica. Recibió la educación propia de un joven de la burguesía local de finales del siglo XIX, en la que el objetivo era “reforzar su posición y prestigio social, incrementar su patrimonio y participar, en su caso, en las redes políticas comarcales, provinciales y nacionales”; lo cual favorecía asimismo la adquisición “de una cultura y un nuevo modo de vida, propio de la época, que se traducían en otras formas de establecer relaciones sociales, de ejercer el poder político, y en la promoción de espacios de sociabilidad ligados a la cultura, el ocio, el impulso de la ciencia, etc.” (pp. 22-23). Esta educación pasaba por cursar una carrera universitaria que le permitiera ejercer una profesión de reconocido prestigio, acrecentando su posición social y económica. Y así, Federico de Motos se trasladó a Granada para estudiar la carrera de Farmacia; y sin duda el ambiente cultural de la ciudad alentó su interés por las artes, las humanidades y la arqueología, llegando a simultanear sus estudios universitarios con los de dibujo en la Escuela de Artes. Aprendizaje éste que, junto con su afición a la fotografía, fue de gran utilidad en sus trabajos arqueológicos. Posteriormente se trasladó a Madrid para realizar sus estudios de Doctorado, donde es probable que “iniciase sus primeros contactos con el mundo cultural y político que desde entonces frecuentaría” (p. 38).

El capítulo 2 (“Compromiso social y político”) nos habla del Federico de Motos adulto de regreso a Vélez Blanco, donde se casó y ejerció en adelante de farmacéutico, y donde participó activamente en la vida política y social. En Granada y Madrid se había acostumbrado a la vida cultural, política y asociativa; y, como hombre de ideas progresistas, intentó “aplicar sus inquietudes y conocimientos para trabajar por el progreso del municipio” (p. 46), tanto desde el ejercicio de su profesión como desde la política. En este sentido, participó activamente en la vida política local, llegando a ser concejal en varias ocasiones, vinculado a las corrientes liberales más progresistas y los ideales republicanos. Entre sus principales inquietudes se encontraba la mejora de la educación y de los espacios públicos, aumentando su seguridad, su salubridad y su belleza.

Sin duda este compromiso social y político estuvo relacionado con su interés por el arte, el patrimonio histórico y la arqueología, tema del tercer capítulo. Dicho interés

se inició ya en sus estancias en Granada y Madrid, y posteriormente estaría en estrecho contacto con personajes e instituciones vinculadas a la investigación histórica y arqueológica. Así pues, lejos de estar aislado en la periferia, participó desde ella en una de las épocas más vitales de la vida y la cultura españolas. Quizá el punto de inflexión, el que le llevó a implicarse de manera activa y directa en el estudio del patrimonio histórico y arqueológico, fue la defensa del castillo renacentista de Vélez Blanco, cuyo patrimonio artístico —incluido el patio— pretendían vender sus propietarios al Museo Metropolitano de Nueva York, lo que al final hicieron, pese a la campaña en contra emprendida por varios intelectuales, particularmente Federico de Motos. Otro momento decisivo fue la visita que en 1911 realizó el famoso arqueólogo francés Henri Breuil, en compañía de Luis Siret y Juan Cabré, a Vélez Blanco para conocer la Cueva de los Letreros. Esta visita afianzó amistades e inició otras de Federico de Motos con grandes personalidades de la arqueología, que se plasmarían posteriormente en una fructífera colaboración.

La visita del abate Breuil dio paso no sólo a una sólida amistad, sino también a una estrecha colaboración científica, así como a la inmersión de Federico de Motos en la investigación arqueológica, emprendiendo esta senda con el estudio y descubrimiento de pinturas rupestres en la región, asunto que se trata en el capítulo 4. Sus exploraciones en un primer momento se centraron en la comarca de los Vélez, para ampliarse a áreas vecinas, como sus campañas en la cueva de la Minateda (Albacete) y en Huéscar (Granada). El relato de estas exploraciones no sólo habla de su aportación al conocimiento de la prehistoria de la región, sino también del modo de hacer investigación arqueológica en aquellos momentos, de sus técnicas y de las relaciones humanas que la hicieron posible, tanto con investigadores de la talla de Henri Breuil y Hugo Obermaier, como con los trabajadores.

El capítulo 5 se centra en las excavaciones de yacimientos prehistóricos emprendidas por Federico de Motos: Cueva de Ambrosio, Cerro de las Orzas, Cerro de la Tejera, Cañada de Alba... y sobre todo el Cerro de las Canteras. En estos trabajos, aplicó con rigor científico los métodos y técnicas arqueológicas más punteras de la época, que conocía a través de intensas lecturas y de su colaboración con arqueólogos de la mayor talla.

La noticia del hallazgo de “tesoros”, y la amenaza del expolio que se cernía sobre ellos, en Galera (Granada), llevaron a Federico de Motos a interesarse por la cultura ibérica, que en aquella época se estaba empezando a conocer. Las excavaciones realizadas en la necrópolis de Galera (capítulo 6) no sólo son una aportación fundamental para el conocimiento de las culturas prerromanas del sureste peninsular, sino también el relato de una lucha, a menudo impotente, contra el expolio del patrimonio y de las dificultades que a veces entrañaba la colaboración con otros eminentes arqueólogos, en este caso con Juan Cabré, como se manifiesta en la correspondencia mantenida entre éste y Federico de Motos en el transcurso de la elaboración de la memoria (apéndice 3), ya que la el mayor peso del trabajo recayó en el segundo.

Esta parte se cierra con la etapa de los años veinte (capítulo 7), en que Federico de Motos pareció abandonar el trabajo de campo, al tiempo que su trayectoria como arqueólogo recibía el merecido reconocimiento. Así, fue admitido —a propuesta de Antonio Blázquez, José Ramón Mélida y Vicente Castañeda— como miembro de la

Real Academia de la Historia (1921), por entonces centro de referencia para la investigación histórica y arqueológica en España. También se ha de hablar de la presencia de colecciones de objetos arqueológicos propiedad de Federico de Motos en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, Museo Arqueológico Nacional, Museo Provincial de Albacete y Museo de Prehistoria de Valencia. Hay que tener en cuenta que en aquella época, salvo las raras ocasiones en que contaban con subvención oficial, en cuyo caso los objetos hallados pasaban al Museo Arqueológico Nacional, era habitual —y así estaba establecido por ley— que los arqueólogos sufragasen los gastos de excavación mediante la venta de los materiales. Federico de Motos se preocupó de que sus colecciones acabaran expuestas en museos de referencia, donde serían accesibles tanto a los investigadores como al gran público, contribuyendo a promover el interés de éste por la historia y la arqueología, dentro de su preocupación por elevar el nivel cultural de la ciudadanía (p. 201).

En la segunda parte de la obra se recogen las publicaciones de Federico de Motos, algunas de difícil acceso hoy en día. La primera de ellas (“El castillo de Vélez Blanco”), un alegato del expolio que iba a sufrir esta joya del renacimiento español, incluye una descripción de su arquitectura y el patrimonio que albergaba, constituyendo un documento valiosísimo para conocerlo, sobre todo teniendo en cuenta que parte se ha perdido o está en un sitio u otro. Sigue su fundamental trabajo en colaboración con el abate Breuil (“Les roches à figures naturalistes de la région de Vélez Blanco [Almería]”), publicado en la revista francesa *L'Anthropologie*, donde daba cuenta y describía los hallazgos de pinturas rupestres. A continuación, dos notas de Federico de Motos (“Un interesante descubrimiento en Granada” y “Los descubrimientos de Galera”) anuncian los hallazgos ibéricos en Galera y advierten del expolio que de los mismos estaba empezando a producirse. Un artículo en colaboración con Fidel Fita (“Nuevas inscripciones romanas de Itálica y Hellín”) señala el interés de Federico de Motos también por la epigrafía romana. A continuación, una de sus obras fundamentales, “La edad neolítica en Vélez Blanco”, memoria de las excavaciones que realizó en el Cerro de las Canteras, donde podemos observar su trabajo riguroso, en la forma en que registró detalladamente el material descubierto, la aplicación del método estratigráfico y el recursos a técnicas como el análisis químico. Cierra esta parte la memoria, en colaboración con Juan Cabré, de la excavación de Galera (“La necrópolis ibérica de Tútugi [Galera, provincia de Granada]”), que no sólo es una vital contribución al conocimiento de la cultura ibérica y un ejemplo de su rigor científico, sino también un relato apasionado, a la vez que impotente, de las dificultades de excavar en medio del expolio que se estaba produciendo ante sus ojos, así como un alegato contra la incultura de unas gentes que pensaban podían salir de la pobreza mediante el mismo, y sobre todo contra quienes lo alentaban.

La tercera parte corresponde a los apéndices, en los que se incluye abundante material inédito, sobre el que además se apoya mayormente este trabajo. El primer apéndice reproduce notas manuscritas e informes sobre sus investigaciones en el Cerro de las Orzas y la Cueva de la Minateda, y los hallazgos de Galera, que reflejan la minuciosidad de su trabajo y su preocupación por la conservación del patrimonio. El apéndice 2 recoge las reseñas que se hicieron sobre su obra, por parte de figuras de la mayor talla de la investigación arqueológica nacional e internacional. La reseña

de los descubrimientos de pinturas rupestres en Vélez Blanco, realizada por el marqués de Cerralbo, que las pone en relación con las del norte y el levante peninsular, constituye un excepcional documento de la ideología nacionalista que impregnaba en aquellos momentos parte de la investigación arqueológica —no sólo en España—, con alusiones al “genio español” que ya se manifestaba en sus originales orígenes, o frases como “habéis enriquecido con admirables investigaciones la triunfal escalinata que, por marmóreos peldaños de monumento, habéis hecho subir por ella, toda engalanada de preseas, a la Historia para sentarla en el trono de las glorias de España” (p. 392). Se reproduce a continuación el informe de Mélida sobre la adquisición por parte del Museo Arqueológico Nacional de la colección de Motos de antigüedades de Galera. Cierra este apartado la reseña que hizo Henri Breuil en *L'Anthropologie*, de las excavaciones de su amigo en el Cerro de las Canteras, lo cual les proporcionó dimensión internacional. Por último, en el tercer apéndice se incluye buena parte de la correspondencia mantenida entre Federico de Motos y algunas de las personalidades más preeminentes de la época —Luis Siret, Henri Breuil, Fidel Fita, Marqués de Cerralbo, Juan Cabré, Hugo Obermaier, José Ramón Mélida, Eduardo H. Pacheco, Conde de la Vega del Sella y Enrique García-Duarte—, documentación de alto valor no sólo para conocer cómo se trabajaba y colaboraba en la investigación arqueológica de la época, sino que ofrece un vivo fresco de las relaciones humanas que se establecieron entre ellos, de sus amistades incondicionales, y en algún caso de sus desencuentros.

En definitiva, el riguroso trabajo de los profesores Cándida Martínez y Francisco Muñoz constituye una aportación fundamental para el conocimiento de una figura —Federico de Motos— y de una época fascinantes, de los inicios de la investigación arqueológica en España.

M.^a Dolores Mirón Pérez

Departamento de Prehistoria y Arqueología

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Granada

Campus de Cartuja, s/n

18071 Granada

dmironp@ugr.es